

PALABRAS DE DON JUAN LISCANO*

*Señora Isabel Aretz de Ramón y Rivera,
Señores Directores de la Academia de la Historia,
Señoras y Señores Miembros de la Academia de la Historia,
Respetable público,
Querido Luis Felipe Ramón y Rivera:*

El tiempo, para nosotros los hombres, es transcurrir y duración. Es, simplemente, vida. Vida afectuosa, trabajo común, ideales, creaciones, conflictos, condenas, desengaños y se llega al instante del cese del tiempo. Lo vivido, lo cumplido, lo hecho, lo ganado o perdido, lo amado o detestado, lo creado o destruido, queda en el tiempo para los que siguen transcurriendo y durando. Si pudiera dejar inscrito en la duración del tiempo lo que significó nuestro encuentro en 1946, hace 47 años, y lo que hicimos juntos, añadiría que correspondió a una plenitud no solitaria, como la poesía, sino rebotante de solidaridad, de comunidad de ideas y sentimientos, de descubrimientos físicos, geográficos, culturales, vitales, metafísicos. Nos dimos al trabajo de tratar con lo que llamamos la cultura popular tradicional, el folklore o saber popular, en los aspectos de la música, el baile, la literatura, las artesanías, las supersticiones y magias, los objetos, las cosas, el calendario ritual y festivo de carácter agrario, la plástica, el trabajo.

Entiendo la cultura popular como fuente de tradición y la distingo de la cultura por distinción académica, universitaria, intelectual, expositiva y abstracta en sus edificaciones mentales, filosóficas, docentes, bibliográficas.

Luis Felipe, Isabel Aretz y yo veníamos de diferentes procedencias regionales, culturales e intelectuales y nos unimos sobre el denominador común de la investigación de la cultura popular tradicional, la cual, hasta ese entonces, formaba parte del acervo vital venezolano, pero relegada a una situación marginal, no obstante súbitos acercamientos de personalidades como José E. Machado y Carlos González Bona, Rafael Olivares Figueroa y José Antonio Calcaño, además de algunos costumbristas.

Para Luis Felipe e Isabel, dicha investigación constituía una disciplina antropológica estudiada en Argentina, adonde fue a radicarse el músico Luis Felipe Ramón y Rivera, en búsqueda de una formación más calificada que la que podía brindarle el Táchira, donde ya había manifestado su inclinación musical y literaria,

* Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Sillón Letra "N".

docente y estudiosa. Isabel era ya una figura de la investigación etnomusicológica en su país. Entre los tres echamos las bases del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales. Una vez que me separé de esa entidad, Luis Felipe e Isabel continuaron la labor iniciada desarrollando ampliamente los estudios y la investigación hasta constituir sus trabajos publicados y su presencia docente lo más calificado en ese campo del país. Con ellos nacieron nuevas instituciones.

Apunto un comportamiento que demuestra el sentimiento de solidaridad que nos animaba y aún nos une. Renuncié, en 1948, a la dirección del Servicio de Investigaciones para protestar por el golpe de Estado que derrocó a Rómulo Gallegos, con quien no tenía amistad alguna. Tampoco militaba en Acción Democrática. Si se hubiera tratado de gente como la que puebla nuestra vida política y cultural, en el orden de funcionarios del Estado, y sobre todo en circunstancias tan violentas como las de ese momento, la oportunidad de negar lo anterior y de proclamar programaciones nuevas, para autopromoverse y opacar al jefe ido, se presentaba a pedido de boca.

Si algo afecta las relaciones del mundo cultural venezolano es la falta de solidaridad entre escritores, poetas, artistas, intelectuales. Cada promoción aspira a silenciar a la anterior y a defenderse de la que viene después. Imperan el egoísmo, la negación, la vanidad, la indiferencia hacia el entorno, hacia la obra de los otros. En el caso que nos ocupa, Luis Felipe e Isabel, junto con sus colaboradores, reconocieron sin cesar la labor cumplida por mí y me brindaron en esa década, en la que cometí el error de tomar partido vehementemente y sin conceder razón alguna a los contrarios, sin analizar los sucesos en todas sus implicaciones, que brindaron inmensas compensaciones de lealtad espiritual, de afecto personal, de aceptación y calificación del trabajo cumplido. Si en Venezuela, en el campo de la inteligencia, reinara un sentimiento de solidaridad como el descrito, una aceptación de destino y de cultura comunes, Venezuela no sería lo que es, ni su producción literaria e intelectual padeciera tanto de marginalidad, de individualismo y anarquía estéril.

Me dejo ir a esta remembranza porque me devuelve a 1946, 1947, 1948, toda la plenitud vital de entonces, con los aires festivos de las fiestas populares, con los discos grabados entre la colectividad agraria atenta y maravillada, con los repiques de tambores y sonidos de maracas, con los punteados o charrasqueados de los cuatros, con los arpegios del arpa rústica y el canto de los oficianes, con los cuerpos enardecidos y sudorosos de los bailadores, con la visión de las figuras de santos cuya celebración estaba en curso, alzadas hacia los cielos o llegando por la mar, bañadas en el río u oscilando rítmicamente en el altar portátil. Un mundo se iba revelando ante nuestros sentidos aguzados dentro de una geografía de verdes, de siembras, de viviendas pobres, de pueblos asidos a sus plazoletas e iglesias, de caminos de tierra, de grandes árboles aislados y seculares, resistiendo al tiempo.

Experiencias como esas de fraternidad, de júbilo íntimo, de satisfacción por el trabajo cumplido, de lucidez organizativa, reconcilia con nuestra condición humana tan propicia al desengaño como lo expresé, con sinceridad y raptos de desgarramiento interior parco, el homenajado, mi querido Luis Felipe, a sus horas

poetas, en *La Balada del Desengaño*, publicada en 1991. No son los únicos versos recogidos por el autor de ese himno andino en tono de bambuco, *Brisas del Torbes*, y todos esos versos, sin pretensiones especulativas formales, revelan una naturaleza humana equilibrada, ajena a la violencia y a la pasión vehemente, apegado a un modo de comportamiento reñido con la anticultura, no afecto a las insurgencias, a los nihilismos, a las irreverencias que estallaron en la postguerra.

En su balada, las referencias en tercera persona, a hechos biográficos, otorgan al texto un distanciamiento descriptivo más conmovedor que lo confesional agresivo, ese yoísmo impenitente de muchos poemas. Escribe sobre una vida, la suya, revivida en la memoria, a su vez reflejada en la escritura. Me gusta el comienzo inesperado: “Uno es el frijol,/ el maíz, y el mundo/ un juego de colores y juegos,/ muchos juegos”. La balada habla de una niña de ojos cristalinos surgida como brasa en el cielo. Pero uno sigue siendo del maíz, del plato de frijoles. Y al fin la pregunta: “¿Hacia dónde?”.

Recorriendo sus estancias, juegos, estudios, reprimendas, consejos, encuentros eróticos nocturnos o diurnos, viajes, autores, historia, llega al desengaño que nos afecta a todos en estos años en que envejecimos con pocas esperanzas de futuro mejor. El lo expresa cabalmente: “Hoy todo sigue igual./Y mañana/Y algún día se logrará/lo que alguien predijo: /‘Esta es la única especie/viviente,/ que logrará/su propia destrucción’. Y un cuervo graznará/ desde la sombra: Never more...”.

A sus 80 años está desengañado. Sin embargo él se irá, como yo, como Isabel, como los presentes, pero mientras dure la especie, mientras dure el imborrable vínculo telúrico, mientras corra el Torbes, y bailen el Joropo, y se oiga en las aldeas cantar canciones de arrullo, entretenimiento y ronda, mientras no desaparezcan las faenas agrícolas y pecuarias, los velorios de mayo, los aires regionales, los ritos en las fechas celebrativas del santoral de la Iglesia, y de la Patria, mientras existan las fiestas —y el investigador Enrique Alí González Ordosgoitti estudió la persistencia de éstas, desde 1986, en lo que denominó culturas residenciales populares o no-populares, a lo largo de innumerables trabajos de campo expuestos en tres libros fundamentales—,* la vividez a cuyo estudio dedicó su vida generosa Luis Felipe, seguirá emitiendo sus luces y colores, sus cohetes y cantos, y con ellos, en escuelas y universidades, en el recogimiento de la casa, se seguirá también leyendo libros, monografías, artículos suyos, y se seguirán oyendo los valsos, bambucos, lieds, aguinaldos y canciones, de este gran venezolano que con razón recibe la Academia de la Historia, hoy, 12 de agosto.

Su producción ha sido enorme. Su actividad incesante desde la adolescencia. Sus *Memorias de un andino* refieren los pormenores de esa juventud en una Venezuela pobre pero laboriosa, muy distinta, en sus comportamientos y escala de valores, a la Venezuela de ostentación, despilfarro, abundancia y dependencia del Esta-

* Los títulos de esos libros de Enrique Alí González Ordosgoitti son: *Ensayos sobre la cultura urbana caraqueña*; Varios autores, *Siete fiestas residenciales caraqueñas*, investigación dirigida por Enrique Alí González Ordosgoitti, ambas publicadas en 1992, por la Alcaldía de Caracas y Fundarte; y *Dinámica cultural actual de cuatro poblaciones margariteñas: Boca del Pozo, Juangriego, Pedro González y Santa Ana*, Consejo Nacional de la Cultura, 1992.

do, producida por la era petrolera, sobre todo después de 1974, cuando, a los cuantiosos ingresos, se añadió el más desaforado afán de pecular y de endeudarse.

Luis Felipe aprendió a comportarse de un modo sereno, respetuoso de determinadas normas sanas, anclado en la función del estudio de la música: profesor de viola, profesional, compositor, ejecutor, animador de juntas pro-arte, de la creación de una Escuela de Música del Táchira, participante en el Orfeón, miembro del grupo literario Yunke, catedrático de música de la Escuela Normal de los Andes, becado para perfeccionar su preparación en Uruguay, allí descubre el camino de estudio del folklore musical y viaja a Buenos Aires, donde sigue los cursos de Carlos Vega, y conoce a Isabel Aretz. Allí los alcanza mi proposición de venir a Venezuela a fundar el Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales. Aquí Luis Felipe e Isabel se desposan e inician una hermosa vida en común compartida entre lo doméstico, a veces problemático, y la investigación a cumplir. Han pasado 47 años, mejor dicho, no han pasado sino están vivos aquí, en este momento, desplegando su fresco de acción fraternal y de acercamiento a una colectividad agraria sin la alienación de la T.V. y de la Radio, sin marginalidad, pobre y laboriosa, evocada en mis poemas de *Tierra Muerta de Sed*, en unos versos que comparto, como un destino cumplido, con Luis Felipe e Isabel:

*“Díjome: ‘Por aquí las gentes son silvestres.
Rien cuando están juntas, lloran estando a solas,
y sin quejarse mucho cargan de sol a sombra
pesadas hambres, livianas muertes’.*

*“Díjome: ‘Por aquí las gentes son silvestres.
Mi corazón se puso a andar entonces’ ”.*

Isabel, Luis Felipe, estamos juntos, seguimos estando juntos.

JUAN LISCANO

12 de agosto de 1993.

* * *